EXAMEN CRÍTICO

Ó INFLUENCIA DE LA FILOSOFÍA

SOBRE LAS LETRAS.

POR EL Dr. D. A. M.



CON LICENCIA:

MADRID: EN LA IMPRENTA DE GONZALEZ.

MDCCLXXXVIII.

Parcere personis dicere de divitiis:
Mart.



AL LECTOR.

Jamas pensé se publicase esta pequeña discusion ; ni fue este el objeto con que se formó, sí solo complacer á un aficionado á las dos profesiones que deseaba saber el aprecio real y estimacion debidas á los dos innovadores que conocieron estos últimos tiempos. Acaso acerté á manifestar su verdadero carácter apartándome enteramente de los que pretenden poseer la filosofía moderna, y sus efectos infaustos que descubro puede no merezcan la aprobacion de estos filósofos engañados ; pero no me importa como logre que los aun no seducidos emprendan un estudio sério, y huyan los vicios que un desarreglado deseo de gloria es capaz á introducir en todas las fa-

facultades. La menos sublime, manejada con conocimiento y ciencia, ofrece lugares en que puedan brillar, y muy mucho, los ingenios mas sobresalientes. Los de esta clase en todas hallan que admirar; pero los medianos, como que no llegan á percibir los tesoros encerrados en su seno, pretenden aparentar lo que en realidad no es; y para ocultar su pobreza se acogen á principios, digamos así, forasteros. Con este conocimiento entra á leer el discurso, pero con buena fe, que es lo que te ruego. Vale.

En

En este discurso no debemos considerar las letras como destinadas únicamente á un entretenimiento frívolo y pasagero ; su objeto es mas sólido y mas noble. El agradar es una de las obligaciones impuestas por el arte al Escritor; pero quando acierta y nos presenta la austera verdad adornada con las gracias de la imaginacion , quando nos entretiene instruyéndonos al mismo tiempo , entonces llenó el fin y llegó al punto de perfeccion , de que es susceptible la literatura.

Omne tulit punctum qui miscuit
utile dulci.

Pero ¿quién podrá desempeñar no reuniendo conocimientos al talento para comunicar á las obras de gusto este grado de utilidad tan precio-

 so

so y tan raro? La filosofía debe iluminar la disposicion de sus luces, y sugerirle ideas para ilustrar mas y mas. En la infancia del mundo y de las artes sólo los filósofos eran deudores á la instruccion del género humano. En aquel tiempo la razon y la verdad desnudas exercian su dominio sobre los hombres simples y no corrompidos por el luxo y los vicios; pero quando las costumbres puras de los primeros años principiaron á padecer alteracion; quando la razon se hizo odiosa al hombre esclavo de sus pasiones; debieron prepararse colores varios para adorno de la verdad, y por consiguiente la austeridad filosófica ceder á la imaginacion festiva de los poetas, al arte y pompa de los oradores.

Homero hermoseó con las imaginaciones de la poesía los misterios de la teología pagana, las mas importantes lecciones de la moral y los preceptos de casi todas las ciencias. Entre todos los filósofos ninguno le igua-

igualó en conocer el precio de la virtud, é inspirar el horror al vicio. Despues que se formaron de la Epopea diferentes géneros de poesía siempre se anunció la verdad baxo diferentes formas. La tragedia se propuso dar lecciones de moderacion y humanidad, presentándonos exemplos fuertes de los caprichos de la fortuna: mostrándonos las conseqüencias funestas de las pasiones y delitos procuró despertar nuestro estudio ácia la virtud. La comedia para corregirnos disfrazó la razon en ridículo.

El apólogo por instruirnos hace hablar á los animales. En las odas se unió estrechamente la moral al acento dulce de la lyra; y en el delirio de la voluptuosidad el chantre de Theos, coronado de myrtos y de rosas, hasta debaxo de la parra recuerda á los mortales la brevedad de la vida; y les representa la imagen de la muerte.

Aun es mas notable la influencia de la filosofía sobre la eloqüencia,

que excluyendo las fábulas y ficciones poéticas está fundada sobre la naturaleza y la verdad. Periclés y Alcibiades aprendieron á gobernar los espíritus en el comercio con Anaxâgoras y Sócrates. Las lecciones de Platon fueron mas útiles á Demosthenes que los preceptos de Iseo. Adquirió en las academias de los filósofos mas bien que en las escuelas de los retóricos aquella sublimidad de razon, aquella nobleza y vehemencia que le distinguen.

Si desde la Grecia pasamos á la Italia, el Príncipe de los poetas latinos nos presenta en la pintura de un heroe el modelo mas cumplido, y exemplo mas perfecto de todas las virtudes; su misma égloga es escuela de las lecciones mas sublimes de la física: es preciso admirar cómo exclama, en rebato filosófico, ¡feliz aquel que llega á conocer el verdadero origen del mundo y á sacudir el yugo de preocupaciones vulgares! Sus primeros deseos es que

las

las Musas le instruyan en los secretos de la naturaleza y misterios profundos de la astronomía. ¿Quién acertó como Horacio á presentar á la razon amable? ¿En qué filósofo se hallan preceptos mas útiles? ¿Ciceron no reunió al mérito supremo de la eloqüencia los conocimientos filosóficos mas extensos? ¿No asegura él mismo en varios lugares que debe á la filosofía la perfeccion que adquirió en el arte de persuadir : que ella es donde los oradores hallarán aquellas grandes ideas, aquellos pensamientos superiores muy elevados sobre las formas judiciarias y estilos de los estrados?

Si descendemos á los tiempos mas cercanos de nosotros, todos los hombres que nos abrieron el camino de la instruccion fueron grandes filósofos. Bordalue y Bosuet tratan las verdades de la mas sublime filosofía con toda la disposicion, toda la magestad y fuerza de la eloqüencia. Fenelon y Masillon sujetaron las gracias

de una imaginacion brillante y la elegancia de un estilo puro al adorno de la moral, reelevando la hermosura de la virtud. Otros hicieron brillar en sus escritos la sana razon revestida con los adornos mas ricos de la poesía. ¿Qué otro metafísico conoció mas bien que Racine los senos mas secretos del corazon humano y los movimientos mas ocultos del alma? ¿Qué fondo de sabias máximas y de sólidas instrucciones no nos subministran Moliere y la Fontaine? Los mas hermosos delirios del genio deben apoyar siempre en la razon: las ficciones mas agradables decir alguna relacion á la verdad; y de esta union de la filosofía con la poesía y la eloqüencia resultará en las obras de gusto aquella hermosura real y sólida, aquella perfeccion que les asegura la inmortalidad. Nada es amable ni hermoso, sino lo verdadero, que debe reynar hasta en la fábula.

Aunque la filosofía es de algun modo el fundamento de toda la litera-

ratura, el espíritu filosófico es por su naturaleza directamente opuesto al genio y disposiciones de los poetas y oradores; el uno es frio, tímido y escrupuloso: se redondea y corta todas sus producciones con turbacion: el otro, vivo, ardiente, impetuoso, se reviste de un ayre libre y atrevido; se entrega á su entusiasmo con una noble confianza. El uno observador esteril presenta verdades sin cuerpo, y cuya sutileza no perciben los sentidos: el otro, creador fecundo, colorea y vivifica todas las que nos ofrece animándolas á nuestra vista, digamos así. El uno se ocupa de nociones abstractas y generales: el otro aplica ideas sensibles á objetos particulares. El uno ilustra la razon: el otro acalora la imaginacion. Casi nunca se unen en un mismo grado sin que se dañen recíprocamente. La naturaleza destinó á Platon para poeta; deseoso de exceder á Homero se hizo filósofo, pero no puede desmentir su primera vocacion

por

por sus ficciones y sueños impropios á la filosofía. Igualmente si el hombre nació con espíritu filosófico y aspira á brillar en las letras, solo llevará al Santuario de las Musas, donde reyna el calor y el entusiasmo, una poesía muerta y discursos helados; así la filosofía, aunque muy útil á las letras quando se contenta con ilustrar las disposiciones naturales, las es muy funesta si pretende substituirse al genio y usurpar sus funciones; pero esto jamas acontece. No calumniemos la sana filosofía y verdaderos filósofos. El error que nos ciega é impide de discernir nuestro talento por una parte, y por otra la temeridad y presuncion que nos arrastra á pretender brillar en un género para que no nacimos son dos defectos incompatibles con el verdadero espíritu filosófico. Aristóteles se contentó con abreviar los preceptos de la eloqüencia y poesía : no luchó contra Sóphocles y Demosthenes : no se exerció en aquellos artes que de algun

modo habia creado, y si lo hubiese intentado casi casi me atrevo á decir sería incapaz de componer su retórica y poética. El abuso que hicieron de la filosofía hombres no verdaderamente filósofos es el origen de las ruinas que lloran en la literatura las gentes de sano gusto.

El objeto principal de la filosofía es descubrir verdades incógnitas, y ofrecer al espíritu ideas nuevas. El mérito particular del filósofo consiste en pensar de una manera mas sutil y mas profunda que los demas hombres; en elevarse por la sublimidad de sus conceptos á un punto en que sea dificil rayar. Al contrario, la poesía y eloqüencia se proponen por fin interesar y tocar al corazon. Las ideas, quanto mas claras, simples y naturales, son mas propias á producir este efecto, como se produzcan vivas, animadas, revestidas de imágenes sensibles y adornadas con el colorido de la expresion. Los mejores escritores están llenos de pensamien-

mientos que les subministró el mismo objeto, y que qualesquiera otro habria podido hallar. ¿Qué lector dirá que Racine y Boileau tenian espíritu? Pero solo los espíritus penetrantes y delicados pueden percibir la gran dificultad y mérito prodigioso de aquella simplicidad tan facil en apariencia. No todo mortal tiene ojos para descubrir el arte maravilloso que se oculta baxo un ayre facil y natural. El comun de los hombres solo admira lo que excede sus fuerzas; los expectadores se admiran á vista de los saltos fuertes de un volatin, pero miran tranquilamente los movimientos sencillos y faciles, las gracias libres y alegres de un baylarin diestro; los modernos que pretenden suplir por el espíritu filosófico las disposiciones de que carecen, apoyan sobre este gusto é inclinacion de los ignorantes ácia lo extraordinario y nuevo.

Ácia fines del siglo pasado, y en tiempos en que aun merecian estimacion lo sencillo y verdadero, pare-

cie-

cieron escritores mas propios por la naturaleza de sus talentos á brillar en la filosofía que en las letras. Delicadeza, elegancia, precision, finura, limpieza, método, todo lo tienen, pero les falta disposicion y gusto. No obstante se conciliaron la estimacion general, y adquirieron un nombre grande, porque su nuevo modo de escribir anunció que pensaban y hacian pensar mas que los autores precedentes. El primero en sus *eglogas* convirtió á los pastores en metafísicos: en sus mundos sujetó la astronomía á madrigales, y la moral á epígramas en sus diálogos de los muertos. El segundo hizo ahullar á Melpomene en versos duros y bárbaros, sacó de la lyra de Píndaro y Horacio sones agudos y discordes, y corrompió la dulce sencillez del apólogo. Novador temerario emprendió anonadar por sus producciones mezquinas la poesía, y reformar los principios del arte establecidos en las mejores obras de la antigüedad. Ambos

bos

bos afectaron apartarse del autor de la *piel de asno*, y procuraron probar con mucho arte y sagacidad la ventaja de los modernos sobre los antiguos, cuya lengua ni usos entendian: ambos dañaron mucho á las letras por haber introducido el espíritu de sistema y de innovacion, afianzando el crédito de la afectacion, finura y precision filosófica, contrarias absolutamente al verdadero gusto de la eloqüencia y de la poesía. Sus talentos no eran tan eminentes que pudiesen causar un trastorno general en los espíritus. En la literatura, igualmente que en la política, no es para hombres medianos una alteracion universal.

En esta situacion pareció en la carrera un jóven con las disposiciones mas brillantes, y sobre todo con pasion ácia la gloria, que si es bien dirigida forma los hombres grandes. Se persuadió necesitaba la literatura de un poema épico; que esta obra, último esfuerzo del espíritu humano,

se-

sería la gloria de su juventud y principio de su nombre. Sin embarazarse en las fábulas y demas hermosuras grandes y sólidas, propias de la epopea, pero que exigen un talento muy formado y meditacion mas profunda, en el instante publicó su poema lleno de retratos brillantes, de comparaciones ingeniosas, de lugares comunes, de antitheses y de sentencias; adornos mas bien de una especie filosófica que poética, porque corresponden al pensamiento y no al sentimiento, salen del espíritu y no del corazon. A la edad de veinte años habló sobre dos objetos los mas delicados con el atrevimiento y seguridad del mas consumado filósofo.

Fue feliz en su temeridad; ademas de haberse subtraido á favor de su edad de aquellas hermosuras frívolas y extrañas, pero de tanto uso en los escritos antiguos, logró que el vulgo, seducido por la novedad en el modo, colocase este ensa-

yo á la par de las mejores obras de Virgilio y del Taso: el mismo ayre filosófico de que este jóven poeta se sirvió tan á propósito en la epopea le fue de gran utilidad en la tragedia. Se persuadió que para merecerse los aplausos era necesario presentar sobre la escena hermosuras y gracias de un nuevo genio, y desconocidas á los expectadores; con este designio prefirió aquellos objetos proporcionados á manifestarse político y moral. Las Cruzadas, el descubrimiento del Nuevo Mundo, la conquista de la China por los Tártaros, el establecimiento de la Religion Mahometana, son los grandes objetos que presentó sobre la escena ocultando por la importancia de los hechos la debilidad de su plan y su pobreza en la fábula. Hasta entonces no se habia oido en boca de los actores mas que una eloqüencia simple natural, y sentimientos convenientes á su situacion y carácter. El nuevo trágico presentó á sus personages pensan-

do y hablando como filósofos. Aquel ayre magestuoso con que publicaban sus dogmas y sentencias pareció una cosa extraordinaria principalmente en las mugeres. Causó la mayor admiracion oir á Jocastes , Princesa Pagana , declamar contra los Oráculos y Sacerdotes del paganismo , respetados entonces hasta de los mayores filósofos. Pareció muy singular que Zaira , criada desde su niñez en un serrallo, hablase qual si fuera un Doctor del poder de la educacion , y de como pueden influir las preocupaciones de la infancia sobre la eleccion de una Religion. Una Americana ignorante y simple disertando sobre el suicidio con la sutileza que Séneca, fue mirada como una especie de fenomeno. Pero sobre todo dió motivo á la última sorpresa quando un Tártaro grosero y bárbaro habló de la constitucion China tan sabiamente como el político mas instruido : esta singularidad fue muy chocante; la multitud , siempre pronta á la ad-

miracion de quanto excede las ideas ordinarias, no vió que estos pasages no podian componerse con la tragedia, que estaban fuera de su lugar, que destruian y chocaban con los principios del arte. Nadie reflexíonó que esta filosofía solo era nueva en la boca de las actrices. El autor fue decorado con el título de poeta filósofo, y estimado como inventor de un nuevo género.

Al mismo tiempo que se desnaturalizaba, así la poesía se preparaba una igual ruina en la eloqüencia. Un Genovés, cuyo estilo florido presentaba nuevos los objetos mas envejecidos, y daba estimacion á las cosas mas comunes, emprendió juntar á un método nuevo ideas aun mas singulares. Las cartas, la sociedad, el gobierno, la religion, la educacion fueron todos los objetos de sus profundas especulaciones, afectando en todos ellos apartarse de las opiniones recibidas. Los oradores que le precedieron contentos con persuadir ver-

dades conocidas dexaban á los filósofos el cuidado de descubrirlas. No se persuadian fuese el verdadero mérito de la eloqüencia la sutileza del espíritu en crear ideas extraordinarias; pero si el arte dificil de hermosear y realzar con la gala de la retórica las mas ordinarias y comunes. No pretendian llenar de admiracion á sus oyentes por la novedad de los sistemas, pero sí convencerles y moverles por la fuerza de las razones y lo patético de los sentimientos. Separando el gusto del estilo y movimientos oratorios en los pensamientos de Bordalue, Bosuet y Fenelon, se vé que estos grandes hombres pensaron de un modo simple y natural. Con tanta vivacidad de imaginacion, tanta energía y sensibilidad en el carácter, con disposiciones tan vigorosas, con una dialéctica tan fuerte, no necesitaba este ingenio para merecer aplausos, familiarizarse con un tono pronto, de escoger aparato científico, y afectar una precision

sion dura, que las mas veces degenera en obscuridad.

Tales fueron estos dos ingenios, tan recomendables por sus talentos, y tan funestos á la literatura por sus novedades é intrusiones; tanto mas funestos quanto se acreditaron tales á la luz de los hechos mas brillantes. Puede muy bien aplicárseles lo que Veleyo Patérculo decia de los Grachos: si se contentasen con seguir las leyes y conformarse al órden establecido, su mismo mérito les elevaria por caminos legítimos hasta á aquellos mismos honores que obtuvieron, pero despedazando el seno de la patria. No pueden ser comparados como escritores: el uno fue gran poeta; el otro gran orador. No obstante puede decirse que el último en un género á la verdad menos dificil y menos variado es mas perfecto, tiene mas realidad y mas solidez: aun en la clase de filósofos excede con muchas ventajas á su rival. Este superficial y ligero, aun en las ma-

materias mas graves se persuadió supliria los conocimientos de que carecia por la finura y vivacidad de su espíritu. El Genovés profundiza los asuntos que trata; no se contenta con apuntarles, ni por ser eloqüente se cree libre de manifestar su instruccion. El primero abunda de galanterias y expresiones; el segundo en razonamientos y pruebas: aquel alegra y hace reir con las gracias de su imaginacion: este arrastra con el peso de sus argumentos y la fuerza de su pensar: el uno agrada y entretiene; el otro interesa y convence. El primero en sus bufonadas indecentes ni respeta al público, ni á sí mismo; el segundo siempre grave y sério trata las materias filosóficas con la dignidad conveniente. El primero chacotero y bufon, se rie sin cesar de las locuras humanas, y parece desprecia los hombres quando se propone instruirles; el segundo misántropo sublime, se enternece por los males de la humanidad, y acredita su amor á los hombres aun quando les de-

declama. Lo que mas distingue y realza este ingenio es que jamas escribió con hiel: que su pluma eloqüente jamas deshonró su genio con odios atroces y libelos infamantes, y que perseguido continuamente por enemigos implacables respondió muchas veces á sus sátiras amargas con honestidad, y las mas con el silencio y desprecio.

La gloria y reputacion de estos dos ingenios arrastró tras sus planes la multitud de escritores medianos, que habiendo nacido sin disposicion alguna están siempre prontos á seguir el ayre de moda. Estos imitadores serviles imposibilitados de acercarse á las qualidades eminentes de sus modelos, se esforzaron sobre todo á familiarizarse con aquella tintura filosófica que uno y otro esparcieron en sus obras. Los poetas, los oradores se transformaron en filósofos, persuadidos que una gerigonza obscura y sentenciosa, declamaciones elevadas y enfáticas, debian mere-

re-

recerse la estimacion general, y ocupar el lugar de aquellas bellezas naturales que hasta entonces se habian admirado en los antiguos. Desde este tiempo se trastornó todo el sistema literario. La poesía en tiempo de nuestros padres era el arte de pintar y de imitar la naturaleza; la eloqüencia el de persuadir la razon, y mover el corazon. Viejas preocupaciones; doctrina de algun pedante: los autores del bello gusto reformaron estos abusos. La poesía y la eloqüencia no son ya otra cosa que el arte de exponer en versos duros ó en prosa enmarañada ideas abstractas ó metafísicas, sentencias falsas ó frívolas, opiniones atrevidas y nuevas. En la literatura antigua era un principio fundamental ocultar el arte; hoy es una ley inviolable manifestar toda la penetracion y sutileza del espíritu á pesar del buen sentido y de la verdad. El fin primero de los autores es brillar y hacerse admirar. Si se pretendiese ceñir á un filósofo á que dixe-

se natural y simplemente, sería degradar sus raros talentos. Pensar y hablar de una manera extraordinaria son las reglas establecidas por el espíritu filosófico y el verdadero origen del mal gusto que corrompe hoy el estilo y los diversos géneros de literatura.

El espíritu filosófico aplicado á la tragedia destruyó lo patético y el interes que resultan de la verdad de los sentimientos y exâctitud del diálogo. Los interlocutores ni dicen lo que deben, ni piensan como es regular y propio de la circunstancia en que se hallan. Los heroes de la escena en los mayores peligros, en las situaciones mas vivas disertan con finura y profundamente: se quexan con sentencias y axîomas: no sale de su alma sentimiento alguno natural, pero su espíritu prodiga pensamientos brillantes. Largos razonamientos llenos de antitheses, de ideas falsas y brillantes, de máxîmas singulares y atrevidas, de pinturas de lugares comunes, son todo el mérito de la mayor parte
de

de las tragedias de nuestros dias, obras de los filósofos modernos, y las bellezas con que el espíritu filosófico enriqueció el teatro.

¿No es este el que substituyó á la alegria inocente de nuestros mayores, frias descripciones de costumbres, sabios analysis del corazon humano, y tratados de moral en diálogo? ¿No es él mismo el que proscribió de las sociedades como de la escena la risa, juegos y gracias, persiguiéndolas hasta en el teatro Italiano, su último asilo, que substituyó á la vivacidad de la ópera cómica, romances insípidos y helados, que la música mas excelente no puede agraciar, ó por lo menos con dificultad?

Despues que el ingenio, autor de esta alteracion, se declaró abiertamente á favor de los versos sentenciosos y pensados, casi se abandonaron aquellos géneros que exígen invencion, imágenes y sentimientos, particularmente la oda; sin du-

duda porque el maestro no pudo poseerla. Las epístolas morales son las que merecen aprecio ; en ellas los poetas jóvenes exâlan á su gusto los vapores filosóficos : allí encierran en versos lánguidos y sueltos todas las ideas extravagantes que un espíritu pobre y cerebro hueco pueden producir.

La filosofía no fue menos funesta á la eloqüencia : introduxo en ella dos defectos substanciales, y que parecen incompatibles , la aridez y la hinchazon. Por una parte aquella razon geométrica que deseca y quema quanto toca ; aquella metafísica árida que despoja los objetos de sus qualidades particulares , y todo lo reduce á abstracciones ideales, por otra dexaron á la eloqüencia como cuerpo descarnado, sin vida , sin coloridos y sin gracia. En lugar de aquellas pinturas vivas y penetrantes , de aquellos golpes vehementes, de aquella expresion impulsiva de los sentimientos y costumbres que ad-

admiramos en nuestros mayores y sus escritos, los modernos en sus discursos nos ofrecen solo reflexíones inanimadas, una precision fria, sutilezas vanas, una finura estudiada, pensamientos que parecen destilados por alambique, y que estrujados ningun provecho dexan á la imaginacion, y fatigan aun á los lectores inteligentes. Por otro lado esta audacia filosófica, esta manía de enseñar pedantesca, este entusiasmo facticio, hijos del orgullo y mediocridad, introduxeron en la eloqüencia una gerigonza enfática y helada, una pompa confusa, un aparato bárbaro de términos científicos, de ideas que se dicen sublimes, y en la realidad son insultantes y gigantescas. Tal es el principio sistemático que atormenta y agita á nuestros oradores filósofos; no se creerian eloqüentes si en sus diatribas monstruosas no declamasen contra los abusos y se erigiesen reformadores. No hay hombre sensato á quien no altere la in-

insolencia y atrevimiento con que sueltan sus torrentes contra los establecimientos mas útiles con que acometen como á preocupaciones las opiniones mas sabias, sostienen las paradoxas mas absurdas, y oponen sus locuras especiosas á la experiencia y sentido recto de nuestros padres. Se han visto discursos aplaudidos que no contienen otra cosa mas que censuras injustas y atrevidas, un tono fiero decisivo y magistral, declamaciones malignas y satíricas en lugar de disposicion de estilo y de eloqüencia. Se miran estas obras como dictadas por la libertad y filosofía, pero levantan la vandera de la imprudencia y temeridad. Si queremos descubrir la alteracion que padeció la eloqüencia por la filosofía, y conocer la distancia enorme de un escritor filosófico á un hombre de gusto y de genio, comparemos á Telemaco con Belisario, no por la fábula y ficciones, esto sería una injusticia, pero sí por los preceptos po-

políticos esparcidos en una y otra obra. En el académico moderno solo se halla aridez, frialdad, afectacion, repeticion y pedantismo. En el Arzobispo de Cambrai calor, sentimiento, variedad, natural y gracias.

Sobre todo, nada es tan funesto y perjudicial á la literatura como el desprecio de los grandes maestros de la antigüedad, de las reglas que establecieron, y el disgusto ácia las lenguas sabias, frutos del espíritu y orgullo filosófico. Los modernos solo estiman de los antiguos aquellos que como Lucano y Séneca han contribuido á corromper el gusto á quienes por lo mismo llaman Escritores filósofos; á los demas solo conceden el mérito de haber sabido ordenar las palabras con arte, pero no hallan en ellos bastantes ideas; no son sutiles y profundos, todo lo que dicen es de un natural trivial, de una simplicidad y claridad baxa: no pueden sufrir la

pre-

preferencia que se les concede sobre otros que tenian á la verdad menos genio, pero mucho mas espíritu; de aquí sus invectivas contra los cuerpos destinados á perpetuar el depósito de la sana literatura y el verdadero gusto de la antigüedad; de aquí sus declamaciones indecentes contra la educacion pública y contra los estudios donde se enseña á los jóvenes á sentir el mérito de Ciceron y de Virgilio, y lo ridículo de los poetas y oradores filósofos; pretenden sepultar en el olvido estos antiguos modelos que son incapaces de imitar é introducir la ignorancia por procurarse admiradores. De este modo mientras que las ciencias exâctas se perfeccionan la literatura se cubre de espesas tinieblas. Los jóvenes, despues de sus primeros estudios, en lugar de cultivar sus talentos en el silencio, y formarse por la continua lectura de los maestros del arte, se apresuran á publicar los rayos de un es-

espíritu inmaturo sin otra provision que la leccion de algunas obras frívolas; vanos con los aplausos que se prodigan á qualesquiera rasgo feliz para la edad, se creen grandes hombres, y desprecian los que deben imitar.

Es necesario igualmente atribuir al abuso de la filosofía este egoismo pernicioso que retrae el alma de los sabios, y la limita al gozo momentaneo de una reputacion frívola y pasagera. Los antiguos se envejecian en sus trabajos, y limaban sus obras en el retiro por darles una perfeccion digna de la inmortalidad. Nuestros modernos mas diestros en el cálculo hallan es muy cara en este precio la estimacion de la posteridad. Prefieren el deslumbrar y engañar á sus contemporaneos por un lustre aparente á los aplausos de los siglos venideros. Por este mismo espíritu de combinacion reduxeron los medios de adquirir gran reputacion

á pocas expensas á una especie de arte : descubrimiento admirable para los talentos medianos , pero que desanima los sublimes , siempre enemigos de la íntriga.

El exâmen imparcial de los escritores filósofos de nuestros dias es el que nos decidirá del perjuicio que la filosofía induxo en las letras , y en que no podemos enredarnos por no manchar muchas reputaciones injustamente adquiridas. Si algunos gozan el timbre de hallarse á la frente de la literatura no deben este honor al mérito de sus producciones , y sí al espíritu filosófico que brilla en ellas.

Todos los hombres de gusto y los críticos debian reunirse para detener los progresos del espíritu filosófico , que cediendo á su ambicion se amparará de todos los conocimientos humanos en estos tiempos que el público no vé otras obras que de mal gusto. En esta situacion mas que en

otra es muy necesaria una crítica severa ; pues las obras aun malas no son perjudiciales á las letras mientras no merecen el aprecio de buenas.